

Una niña es apabullada a gritos por su madre y su padre para que explique por qué falló en una parte de un examen que finalmente aprobó. Una niña es reprendida severamente por sus padres porque pagó la cuota del club que frecuenta. Los mayores se enojaron porque dicen que les correspondía a ellos hacerlo.

Una niña es obligada a sentarse en la primera fila de asientos del aula, aunque ella había elegido la última. Los padres querían asegurarse el buen comportamiento y el lugar seguro bajo control, según ellos, es la primera fila.

Estos episodios sacados de la vida real, que pueden haber sido sufridos por la misma niña y por todos los niños con una frecuencia diaria, son los que los adultos llaman educación, cuando en realidad es **maltrato**. Educación es la preparación de la inteligencia y el carácter de la niñez para enfrentar la vida. El maltrato es una relación de fuerzas, en la que triunfa el más fuerte, que es el que tiene el Poder.

Los llamados niños son un conjunto de seres más débiles físicamente, clasificados por los de una categoría más pesada y sometidos a un estatuto y a un tratamiento especiales. El estatuto es la privación de la autonomía. En realidad es una mutilación, una especie de canibalismo, porque destruye lo más valioso del ser humano: la conciencia del yo.

En el primer caso de los mencionados la niña es presionada a explicar su equivocación y los padres al omitir la gratificación por el resultado final, imprimen en el joven cerebro la culpa por

no haber alcanzado la excelencia. En el segundo caso la niña toma una iniciativa de persona madura y adulta. Paga la deuda y eso enfurece al padre y a la madre porque el acto de autonomía da por tierra con el Poder. El poder requiere, para existir, sumisión y dependencia.

En el tercer caso, el poder de los padres aplasta de un mazazo la iniciativa de la niña de sentarse en el último banco del aula. Como ellos no pueden ejercer el control estricto de su hija, delegan esa función policial en los profesores.

Este régimen de tiranía, que erróneamente algunos llaman educación, con todas sus variantes, desde la autocracia abusiva al despotismo, es **maltrato**. La niñez es el grupo social más oprimido y el más indefenso. Prebendas y castigos dependen de los adultos arbitrarios, ya que carecen de código (excepción hecha en caso de asesinato). Cuando hay daños físicos o psicológicos graves en los niños, los adultos maltratantes gozan de total impunidad.

• La dependencia más profunda del mundo

"As soon as you're born, they make you feel small". "Tan pronto has nacido, ellos te hacen sentir pequeño", dice John Lennon en una canción. Ser pequeño no es lo mismo que sentirse pequeño. Un menor tamaño no significa por sí mismo impotencia. Toma ese sentido cuando se lo utiliza para establecer poder. Entonces el

Movimiento feminista

María Elena Oddone

El maltrato de la niñez

pequeño se siente pequeño. Cuando al niño se le habla a los gritos, cuando se le dan órdenes gritando: "andá a bañarte", "andá a recoger tu ropa". Si un niño pudiera hablar a su madre gritona le diría: "¿por qué me gritas?". La respuesta correcta es: "Porque soy la más fuerte, porque dependes de mí y yo hago lo que quiero".

Los niños callan cuando los adultos gritan y hacen reproches violentamente. El niño/a durante ese tiempo está pensando en morirse o escapar, se pregunta para qué ha nacido y no entiende la razón de tanto escándalo. Balbucea excusas, asoman lágrimas y termina callándose y obedeciendo. La angustia es el silencioso compañero de la infancia, pero más vale callarla. Consciente o inconscientemente, cuando se es dependiente se siente miedo y cuando se tiene miedo se intenta parecer, e incluso ser, lo que se espera que sea, por motivos de seguridad. Así los niños/as maltratados construyen su psiquismo sobre la arena movediza de la inseguridad, del miedo a perder, a no tener. Es la dependencia más profunda.

• Los deseos de los niños

Los deseos de los niños son "caprichos", como se dice de los deseos de las mujeres. Es normal: los deseos del dominado no figurarán en el programa del do-

minador, ni le interesan, le molestan, por tanto son juzgados de irracionales. El niño/a que expresa un deseo debe enfrentarse con el poder de la madre o del padre. Al no ser el más fuerte, será derrotado. Si los padres ceden un poco, el menor les dará las gracias. Es así como funciona la ley del más fuerte, que cree que lo hace por amor, y convence a su sometido hijo, que es por su bien. Esta mezcla espuria de pseudoamor y dependencia da origen a un monstruo: el masoquismo. Los niños obligados a someterse a los deseos de sus padres y cuyos derechos a la autonomía son permanentemente violados son, de adultos, personas poco conscientes de sus verdaderas necesidades y navegan entre dos aguas: por un lado los anhelos, por otro, la incertidumbre y la ansiedad.

Los padres maltratantes, que son los autoritarios, no permiten que sus subordinados hijos/as tengan algún momento libre de las obligaciones que les imponen. Las horas están tan reglamentadas como las comidas, el baño, el sueño y hasta los pensamientos. "¿En qué estás pensando que no haces los deberes?", grita la madre. Un preso tiene derecho a sus pensamientos. Un niño, no. Un preso dispone de un tiempo para conversar con quien quiera, a un niño se le indica a quién va a ver y se le dice claramente a

quién no debe ver, según la opinión de sus padres. El joven cerebro es maleable psíquicamente. Se pueden inscribir órdenes, informaciones verdaderas y falsas que operarán más tarde bajo la forma de "mecanismos de repetición" como lo ha demostrado el análisis familiar de Laing, Cooper y Esteron.

Las decisiones familiares que les conciernen a los niños se toman sin contar con ellos aunque ya estén en la pubertad o la adolescencia. Se los subestima cuando no se los lleva a los velatorios, pensando que se traumatizarían. Los niños tienen una capacidad enorme de asimilación y una inteligencia que sus obtusos padres ni sospechan.

• La dependencia económica

Los niños dependen de sus padres para su sostenimiento. Ya se ha visto que sus deseos sólo son satisfechos cuando coinciden con los de sus padres, y para conseguirlos se encuentran en una condición de mendigos. Se ven obligados a seducir para conseguir, cosa que está perfectamente aceptada por el mundo adulto que está acostumbrado a la prostitución. El poder de dadores de cosas, de los padres, refuerza las relaciones de poder que tienen con los niños.

Sucede que los amos de la economía familiar recuerdan al niño su condición de man-

tenido cuando mencionan los gastos que el menor les insume. "Tu profesora me costó mucha plata", grita el padre. "Me la paso trabajando para pagarte los libros", grita la madre. Sentirse que no se está a nivel de gastos que reprochan los padres produce en el niño una profunda sensación de culpa. El niño se siente una carga: "Todos los sacrificios que hacemos por vos", braman los mentirosos padres. Esos sacrificios que esgrimen como arma contra el niño son obligatorios. La ley de patria potestad lo establece así. Como los niños no conocen de leyes, los padres abusan de esa inocencia y culpan a quien no puede refutarlos.

Dado que la esclavitud está en principio abolida (las mujeres y los niños pueden atestiguar que sigue vigente) la dependencia de los niños a sus padres, sobre todo la dependencia económica, es en la actualidad la más profunda y total del mundo en los países que se llaman civilizados. Lo que se entiende por democracia no entra en los hogares donde los niños son maltratados por ridículos tiranuelos domésticos estúpidamente ignorantes, que no saben ver que los niños son los seres más sólidos, heroicos (véase lo que tienen que aguantar), hábiles, capaces, serios, profundos, inteligentes, creativos y sobre todo saben arreglárselas solos ante sus abusadores padres.

El eslogan de la UNICEF es "Los niños primero", como en un naufragio. Tiene razón, los niños viven en un naufragio en su propia casa. □

El Informador Público

Director: J. Iglesias Rouco

Secretario general: Marcelo Mendieta (h)

Año 6 - N° 288

Viernes 3 de abril de 1992